

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 10-13): *Alabad al Señor.*

Salmo (68, 8-10.14 y 17.33-35): *«Que me escuche tu gran bondad, Señor»*

2ª lectura (Romanos 5, 12-15): *No hay proporción entre la culpa y el don.*

Evangelio (Mateo 10, 26-33): *No tengáis miedo.*

«La mies es mucha y los trabajadores pocos». Jesús, al ver las gentes, se compadece de ellas porque estaban extenuadas: *«como ovejas que no tienen pastor».* El evangelio de hoy es parte de las instrucciones que Jesús da a sus discípulos, cuando los envía con autoridad para expulsar espíritus malos, curar toda dolencia y proclamar que el Reino de Dios está cerca.

En este marco de “*enviados*” es donde cobran fuerza las palabras de Jesús: *«No tengáis miedo».* *«Lo que yo os digo de noche decidlo en pleno día, y lo que os digo al oído pregonadlo desde la azotea».* El enviado de Jesús lleva un mensaje que no es suyo, porque lo ha recibido en la confianza de la noche y en la intimidad del oído. Es la escucha necesaria del discípulo que abre su oído y su corazón a las confidencias del Maestro. Es el trato de amistad que da la oración frecuente y larga y tratando a solas con aquel que sabemos que nos ama.

El creyente debe ser hombre y mujer de oración. La oración permite que el orante haga suyos los sentimientos de Jesús y que desee participar en su tarea. Recibe una palabra y se siente impulsado a proclamarla sin miedo, porque el Señor está con él y defiende su causa. Es la experiencia de Jeremías, acosado por sus propios amigos. Es la vida y experiencia del hombre de Dios, del profeta.

Los profetas son hombres y mujeres con los pies en la tierra. Una fuerza incontenible se apodera de ellos. Lo que dicen no es suyo, porque lo reciben como mensaje urgente: *«irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene».* Los profetas lo que dicen no es suyo, pues el que se apoderó de ellos moviliza todas sus capacidades y lenguaje: Intranquilizan al tranquilo, animan al desanimado, denuncian y anuncian, arrancan y plantan, destruyen y construyen. Son como espadas afiladas, oídos abiertos, lengua de discípulo, boca de Dios.

La misma Iglesia debiera estar más abierta al ejercicio del profetismo dentro de ella misma. El deseo de Moisés: *«¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta!»*, se cumplió en Pentecostés, fue renovado en el Concilio Vaticano II, se sigue renovando y sería deseable que se alentase constantemente en la Iglesia como pedía ya Pio XII: *«La Iglesia, después de todo, es un cuerpo vivo, y le faltaría algo a su vida si la opinión pública faltase en su seno mismo».*

El papa Francisco dirigiéndose a los canónigos de San Pedro les recordó que su *«trabajo es precisamente llamar al corazón de Dios, rezar, rezar al Señor por el pueblo de Dios».* Rezar, pedir, llamar al corazón de Dios, cada día, porque su Dios hace y hará justicia a sus elegidos, que gritan día y noche hacia Él: *«La oración del hombre es la debilidad de Dios».* **¿Cuál es la fuerza de los hombres?** La fuerza del hombre es la oración. Y el Señor escucha la oración de su pueblo.

El evangelio de hoy nos dice que la confianza en el Padre del cielo debe ser una actitud normal en el hijo, algo tan de sentido común como la frase de Jesús: *«No hay comparación entre vosotros y los gorriones».* Y ni uno de esos animalitos cae al suelo sin la disposición de Dios. Es la confianza en la providencia amorosa del Padre, de la que Jesús habla en otros pasajes evangélicos. Dios cuida de cada uno de sus hijos e hijas.

Anunciar el Evangelio nunca ha sido ni será tarea fácil. No deberíamos quejarnos tanto en la Iglesia ante las dificultades para hacerlo. Porque el apóstol y el profeta saben de quién se han fiado, y que el Señor libra la vida del pobre de las manos de los impíos, y que la causa del Evangelio está en buenas manos. En las manos del Padre.

Por eso, conservemos en la Iglesia la alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo como esa multitud admirable de evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia con un ímpetu interior que nadie ni nada ha sido capaz de apagar.

Así el mundo actual podrá recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de testigos del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y que aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo.